



# *La soledad de los errantes*

RELATOS SOBRE EL DESPLAZAMIENTO FORZADO



  
educa

LA MOSCA  
AZUL

# LA MOSCA AZUL

La Mosca Azul (2018) es un colectivo interesado en crear y difundir literatura, especialmente aquella que refleja a la sociedad fracturada y la época hostil en que vivimos.

Derlin De León  
Jeannette Cruz  
Hugo G. Sánchez  
Óscar González

# *La soledad de los errantes*

Alicia del Carmen Ávila de Parada  
Directora País Educo

Manuel Enrique Santos  
Coordinador Calidad de Programas

Nathaly Novoa  
Asesora Nacional de Protección

Martín Peña  
Coordinador Acción Humanitaria

...

LA SOLEDAD DE LOS ERRANTES  
RELATOS SOBRE EL DESPLAZAMIENTO FORZADO

Primera edición  
© EDUCO - LA MOSCA AZUL, San Salvador, 2019

La Mosca Azul  
Derlin De León, Jeannette Cruz,  
Hugo G. Sánchez, Óscar González

©Varios autores, *ilustraciones*

© Jorgelina Cerritos, *texto de contratapa*

© René Figueroa, *fotografía original de carátula*

Edición y diagramación: *Susana Reyes, Carlos Clará*

ISBN: 978-99923-51-67-3

Esta publicación cuenta con la colaboración de la Cooperación Española a través de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID). El contenido de la misma es responsabilidad exclusiva de Fundación Educación y Cooperación (Educo) y el colectivo literario La Mosca Azul y no refleja, necesariamente, la postura de la AECID.

# *La soledad de los errantes*

RELATOS SOBRE EL DESPLAZAMIENTO FORZADO



## Presentación

El libro *La soledad de los errantes* representa una pequeña contribución de la Fundación Educación y Cooperación-Educo para visibilizar el impacto humanitario del que son víctimas las niñas, niños, adolescentes y sus familias debido a otras formas de violencia, particularmente debido al desplazamiento interno forzado. En El Salvador las tres principales causas de desplazamiento interno identificadas en el informe *Señales de una crisis*, elaborado por Cristosal y Educo en coordinación con otras organizaciones de la sociedad civil, fueron amenazas (67.2 %), homicidio de familiares (29.8 %) y temor a los hechos de violencia que ocurren en sus comunidades (22.5 %). Estas situaciones tienen un mayor impacto sobre la vida de la niñez y adolescencia, ya que les limitan considerablemente sus posibilidades de poder crecer y desarrollarse en un ambiente seguro que les permita el goce pleno de sus derechos.

Visibilizar y sensibilizar sobre este impacto constituyen un paso fundamental para seguir avanzando en la construcción de políticas públicas que permitan su prevención, así como la atención y restitución de

los derechos de las víctimas. Con este objetivo en mente, estamos dejando en sus manos una colección de relatos breves basados en historias de la vida real, como una forma novedosa y sobre todo segura para las víctimas de poder contar aquellas situaciones de las que nadie quiere hablar y mucho menos asumir el nivel de responsabilidad que a cada cual corresponde.

Para Educo, el imperativo humanitario de salvar vidas, procurar desarrollo y aliviar el sufrimiento representa el ideal más alto de nuestra organización, por ello nos desafiamos día con día para buscar alternativas diversas, innovadoras y eficientes que respondan a las necesidades específicas de las poblaciones viviendo en situación de vulnerabilidad. Somos además conscientes de la enorme responsabilidad y retos que ello representa, por eso promovemos socios estratégicos que permitan integrar esfuerzos para lograr más y mayores resultados a favor de la infancia.

Queremos agradecer a cada una de las personas víctimas de violencia social que tuvo la confianza con nuestra organización para dejarnos entrar y conocer su historia. Sepan que el miedo, desánimo, incertidumbre y añoranza por recuperar lo que un día les fue quitado es ahora la razón que nos compromete y motiva a buscar soluciones duraderas para sus vidas.

Alicia Ávila  
Directora País Educo



*A las víctimas del desplazamiento forzado, especialmente a quienes nos compartieron sus historias. Que sus voces taladren nuestras conciencias y rompan la indolencia de esta sociedad.*



## Los miro siempre

Hace dos meses que solo me atrevo a salir en la madrugada. Me vengo al guanacaste a tomarme el café. Desde esta loma puedo ver todo y a todos. Nadie me mira a mí.

Allá abajo se van prendiendo como estrellas, una a una, las casas del cantón. Oigo latir a los perros a lo lejos y comienza a pasar la gente por el camino de tierra. Van para la milpa o al ingenio. Allá va también mi papá.

Ya casi no extraño las cosas que hacía antes, ni la cancha, ni los ensayos del grupo de música. Lo que sí quisiera es arriar las vacas en el terreno del peñón, donde vive mi hermana. Por ahí también vive la Silvita, la cipota de los camanances.

Mi papá sigue buscando adónde irnos. Toda la gente cree que ya me fui, pero yo vivo encerrado. En las noches no puedo pegar el ojo, me pasa siempre, estoy en la cama, vuelta y vuelta, y de día paso pegado

a la ventana y a la tele: miro noticias y películas casi sin volumen, abro un poquito la cortina y los miro a ellos en este guanacaste que está a cincuenta varas de mi casa. Siempre están con los teléfonos, fumando, mirando hacia el camino de tierra. Aquí les gusta estar.

Yo los miro siempre desde la ventana, los primeros llegan a las seis de la mañana. Los últimos se van ya noche, como a las once, pasan por el solar de mi casa, silbando.

En este cantón amanece bonito. Antes no me fijaba. Ahora me gusta mirar cómo se va llenando el cielo de fuego y de azul. Salen de las cocinas chorros de humo y poco a poco va cayendo el día en los tejares.

«Andá a traerme un paquete al punto de buses», me decían siempre que me los encontraba. Pero yo no iba.

«Prestame el caballo», me decían. Pero no se los daba, y me iba pasando en medio de todos, agachando la cabeza.

A mis primos y a mis amigos también les gustaba pasar en este guanacaste, siempre correteábamos por aquí, porque las ramas son bajitas y frondosas, y la sombra se queda quieta todo el día. Pero algunos de ellos se tuvieron que ir, otros se brincaron. Después quedó silencio por estos lados.

Para el terreno del peñón iba yo el día en que me salió el Chino, con otros varios que andaba siempre. «Si te vuelvo a encontrar te morís, hijueputa», me dijo. Yo le iba a echar carrera al caballo cuando me bajaron.

Solo de eso me acuerdo, después ya estaba en la casa con la cara hinchada, como berenjena.

Ya está aclarando. Allá abajo, por la vereda del molino, viene asomando el primero.



# Nadie los vio llegar

Llueve ceniza.

Los cañales cercanos a la casa de Rosa arden y las fibras calcinadas caen por todo el valle. El viento las mece como plumas. La mujer se limpia la cara con una manta y aprovecha para taparse la nariz, quiere descansar del tufo a muerto que le llega de la boca del hombre.

Al notar que ella se incomoda por su aliento, el visitante le regala una sonrisa amplia. Tiene la boca llena de coronas de oro y de una masa amarilla. Quiere convencerla de que le alquile la casa y el terreno en el que ella habita con su familia.

—Perdone, señor, pero esto me lo dejó mi abuelo y va a ser de mis cipotes cuando me muera. No necesitamos más. No nos queremos ir al pueblo ni a la capital —dice la mujer.

El hombre le cuenta que las demás familias del caserío han aceptado la misma oferta que le está

haciendo, que algunas al inicio se negaron, pero finalmente se fueron.

Un olor a carne y a pelo quemado se mezcla con la pudrición de la boca del hombre. Rosa hace otra mueca de malestar, le da de mamar a la niña que carga en brazos, no quiere que sienta el tufo, piensa que podría enfermarla.

El marido de Rosa y sus otros dos hijos asoman por la vereda. Se ven agotados.

—¿No le dan lástima?, con lo que le ofrezco ya no van a tener que andar así. Pero quizá despuesito cambie de opinión, madre. Voy a pasar otro día. Platique con su marido. Mire cómo viene el pobre —añade el hombre de la boca maloliente. Arranca su motocicleta y se va. Varios metros adelante lo comienza a seguir otra motocicleta, estuvo ahí desde el principio y Rosa no se dio cuenta.

La mujer sabe que algunos de sus vecinos se han ido. Nadie dijo nada, todos dejaron las casas de noche. Están solos.

Rosa entra, pone a su hija en la hamaca, la pequeña llora un rato, luego se duerme. La madre se apresura a servir la comida.

—Quieren que alquilemos la casa y el terreno. Pero ofrecen una nadita, Martín. El hombre ese me dijo que van a meter unos cultivos nuevos aquí y que las otras familias ya aceptaron. ¿Vos qué decís, viejo, nos vamos? —pregunta Rosa desde la hornilla.

Afuera el humo sube cada vez más negro.



\*\*\*

Los cañales ardieron toda la noche.

La niña no ha dormido desde las tres de la madrugada, Rosa no cesa en sus intentos por hacerla sentir mejor. Le pasa un huevo indio, la baña con agua de hierba del susto, quema basura de cuatro esquinas en una cacerola atrás de la casa, cree que puede controlar el mal antes de tener que ir a la clínica.

El ruido de unos pasos por la vereda que baja de la loma la asusta. La sorpresa se convierte en temor cuando mira al hombre de la boca de oro cerca de ella.

—¡No ande haciendo eso! Nadie le dio permiso para meterse —recrimina Rosa casi a gritos, se agita. Nota que el hombre trae un revólver a la cintura, viene más sucio que la primera vez, parece que ha dormido en el monte.

—Andaba aquí nomasito, seño, y quise venir a verla. ¿Qué pasó, ya decidieron?, mire que mucho tiempo no le voy mantener la oferta.

José, el hijo mayor de la familia, escucha a su madre, se levanta y va hasta la parte de atrás. Lleva su corvo.

—Rosita, necesitamos una respuesta. Si quiere vengo mañana a esta hora y le adelanto el camión para que vayan subiendo sus cosas.

El joven acelera el paso.

—Mire, a huevo que le estamos dando un buen trato, hasta mucho tiempo se han tardado. No detenga el progreso, que si no el progreso se los va a tragar.

José se interpone entre Rosa y el invasor.

—Piense en sus hijos, mire que están morros. Acá no van a tener ningún futuro. Por esta que no —se besa los dedos y hace una señal de cruz.

El chico aparta a su madre y encara al visitante, el olor de su boca le da náuseas.

—La onda es que la hemos agarrado al suave con ustedes. Decida ya: se van o se quedan. Los meros jefes son de mecha corta. La otra gente agarró el vacil rápido y se pelaron. Nadie quiere que le den la foto, va.

José empuja al hombre. Empuña con fuerza su corvo. Algo lo enceguece, cae desorientado. El visitante trata de repetir el golpe. Rosa toma el arma de su hijo, dirige la punta al atacante. Tiene miedo. No entiende el cambio, pero reconoce esa forma de hablar. Tiembla.

Unos murmullos llegan desde la vereda, es Martín y su hijo menor. Las voces cada vez se escuchan más fuertes.

—La onda está así: ¡se van a ir sin ni mierda, pero ya! —grita el visitante mientras se marcha.

El fuego avanza. La niña llora.

\*\*\*

Varios trozos de ocote arden en el piso de la casa. Afuera, el monte en llamas ilumina los cerros.

Rosa guarda la ropa de la niña en una pañalera, acomoda la leche y las medicinas.

Martín y sus hijos ponen lo que pueden en sacos, también preparan un poco de comida para el viaje. No saben adónde irán.

Una luz blanca llena todo. Afuera se estacionan dos automóviles, frente a los focos de los carros se paran cuatro siluetas, traen armas. La familia pone tranca a la puerta, apagan los trozos de madera, callan.

Algo se estrella contra el techo, otro golpe suena en la puerta, uno más en la ventana. Adentro sube el calor. Una luz rojiza comienza a entrar a la casa, el humo inunda todo. El fuego se come el techo, trozos de madera caen, suena un disparo, los animales que resguardan tratan de salir, los gritos de la familia se mezclan con los chillidos de las bestias, suenan más disparos.

Rosa moja un trapo, le tapa la boca a su hija, se arrinconan. Algo hiere la pierna del hermano menor, sangra. José lo ve, abre una ventana, saca al chico, luego a su madre con la niña.

Los disparos dan una tregua, el fuego no. Una segunda tanda de escopetazos destroza la puerta. Una voz conocida da la orden de seguir.

La familia está afuera, suena una tercera ráfaga: alcanza a José. El padre quiere volver, la madre lo detiene, vio cómo volaron los sesos del joven. Corren hacia el barranco, el hijo menor avanza apoyado en su padre. Los hombres siguen disparando.

Del cielo no les llega ayuda, de la tierra solo el plomo les sopla en el cuello. Entran en una cueva, los pasos no cesan cerca de ellos, tampoco el fuego de las armas.

La penumbra los cobija.

Los pasos paran, los disparos callan.

El adolescente muerde un trapo, su padre le cubre la pierna con su camisa. La niña comienza a llorar.

Rosa le pone el pecho para que se calme, la pequeña no quiere, el miedo también la domina. Los pasos vuelven a sonar cerca, la niña llora más. Rosa le pone nuevamente el pecho, la fuerza. Suena un tiro. La niña se queja, su llanto está ahogado pero sigue haciendo ruido. Rosa también llora, aprieta más la cabeza de su hija contra su pecho. Cree oír a alguien caminar fuera de la cueva, la aprieta aún más. El llanto de la niña cesa, también los pasos, también el plomo. El silencio se queda.

La primera luz del día llega. Rosa sale de la cueva, camina hacia el pueblo con el cuerpo de su hija en brazos.

La ceniza no deja de caer.

## De aquí soy

—Un Café Listo y un Diplomat, por favor.

—¿Qué más, don Julio?

—Solamente, Rosita, gracias.

—Coma algo, señor, anda en los puros huesos.

—Con esto resuelvo, ahorita no tengo estómago para otra cosa.

La mujer se acercó a la puerta balcón para darle el vuelto: tres monedas de cinco centavos. Miró para ambos lados del pasaje y le preguntó en voz baja:

—¿Lo siguen jodiendo?

—Sí, de palabra, cada vez que me los encuentro, y papeles que me tiran debajo de la puerta.

—¡Dios nos libre! Hable con el Sombra, él manda ahora.

—Está terco. Dice que mi hija la cagó por haber discutido con la mamá del Flaco.

—¿Y por qué no se va, don Julio? Lo pueden...

La mujer dejó de hablar mientras miraba hacia el inicio del pasaje. Un grupo de jóvenes venía de prisa bajando las gradas. Cuando estuvieron lejos de la tienda, el hombre respondió:

—Por la casa. Además, yo de aquí soy, Rosita, y no me hallo siendo carga de nadie.

—¿Y la Policía?

—En investigaciones. Llevan tiempo, eso me dicen.

—Ojalá no pase a más, don Julio, nosotros lo llevamos en oración.

—Gracias, me sirven de mucho. El papel que me dejaron ayer decía: «mañana te toca». A mí me entró un escalofrío perro cuando lo leí.

—¿Y qué hace aquí, señor?

—Esperar.

La mujer se quedó en silencio. A lo lejos, se escuchaba el rechinar de los columpios y la alegría de los niños en el parque. Cuando encontró las palabras que andaba buscando, prosiguió:

—Y la niña Mari, ¿cómo está?

—Enferma por todo esto. Por eso ya dejé de preocuparla. Cuando me llaman por teléfono les digo a ella y a mi hija que ya se está calmando la cosa.

—Lo dejo, don Julio. No vaya a voltear a ver, pero allá en la esquina se están asomando.

Empezaba a oscurecer y la tienda se iba llenando de gente que llegaba buscando fósforos, huevos, pan.

El hombre tomó el camino más largo de regreso a su casa para evitar a los muchachos. Sobre los alambres del tendido eléctrico agonizaba la tarde entre las nubes. Al doblar en la esquina, se encontró con tres de ellos.

—¡Hey, ruco! Quieren hablar con vos allá abajo —le dijo el Flaco.

—¿Adónde?

—En el barranco, solo para aclarar unas cuestiones. Caminá.

—¿Por qué allá?

—Vos callate y caminá.

El hombre regresó por donde había venido, custodiado por los muchachos. La tienda ya estaba llena de clientes, de sus vecinos, de sus amigos de infancia.

—Buenas noches —dijo al pasar frente a todos.

Nadie respondió.







Ilustración: Marina, 20 años



# Frutos

Toñito juega lejos de su casa con su camión de plástico y un caballo de madera viejo. Construye un camino con piedras para la carrera entre el auto y el animal; al final del recorrido está una *cora*: el premio.

*Run, run*, empieza. *Ruuuun*, continúa. Luego relincha. La carrera es pareja, pero en la vuelta final el camión vuelca dándole la victoria al caballo. El niño celebra.

Escucha crujir el bambú. Calla de repente. Ese sonido le gusta, lo atrapa, pero esta vez el ruido es más fuerte. No está solo.

\*\*\*

La madre de Toñito regresa tarde. Había estado en la capital, donde trabaja lavando ropa ajena. El pequeño está sentado en la mesa, jugando, cuando ella entra en la champa.

—Hola, mami.

La mujer no le responde. Se acerca y le da un beso en la frente. Va por agua para lavarle la cara y las manos con un poco de Rinso.

Ya de nuevo en la mesa, el niño espera a que la mamá le sirva la tortilla y los frijoles. Come rápido, mientras su madre lo observa. Al acabar, le muestra el recipiente limpio, y con una sonrisa se lo lleva a la pila, para regresar corriendo.

—¿Y mi fruta? —pregunta el niño.

La madre se levanta y va por un guineo. Se lo da en trozos con un poco de azúcar encima. Le acaricia el cabello.

—Mami, ¿esta fruta me la mandó mi papá?

—Sí —responde, aun con las ganas de llorar.

\*\*\*

Toñito y su madre comparten la misma cama. Él la espera a oscuras, con los ojos cerrados hasta que ella termina de hacer la limpieza y deja todo en orden. Ella entra sin hacer ruido, hunde con su peso el colchón y coloca sus brazos alrededor del niño.

—¿Hiciste tus tareas hoy?

—No me dejaron.

—Antonio, tenés que hacer las tareas de la escuela. No quiero que me vuelvan a llamar. Bien sabés que no puedo dejar de trabajar para ir a hablar con la señorita.

—No me dejaron.

—Bueno, bueno. ¿Y qué pasaste haciendo toda la tarde?

Esa es la pregunta que el niño estaba esperando. Quería contarle todo. Le habló de que fue a jugar cerca de donde su tío Mincho y que ahí conoció nuevos amigos.

—Primero me asusté, porque estaban escondidos. Pero se acercaron a jugar conmigo...

La madre está cansada, presta poca atención hasta que su hijo dice algo inesperado.

—...les pregunté por qué tenían la piel toda llena de manchas.

—¿Manchas?

—Sí. Aquí en la cara y en los brazos.

—¿No eran niños?

—No. Ya están grandes.

La madre le dice que ya no juegue con ellos, que no les hable, que no vaya cerca de donde su tío. El niño no entiende y le pregunta por qué. Ella le suplica que le haga caso. Él le repite que le gustó jugar con ellos, que no hicieron nada malo. Ella le pide por favor que cumpla con lo que le dice, que lo haga por ella. Él insiste que quiere saber por qué no le gustan sus amigos. Ella responde porque no; le dice que debe hacer lo que ella le manda, porque es su madre.

El niño se baja de la cama, se tira al suelo y cruza los brazos. Ella le pide que regrese a su lado, que deben dormir. Él le grita que no. Ella trata de subirlo a la cama, pero él se resiste. La madre agarra una chancleta, la levanta como amenaza. El niño empieza a llorar, pero sube al colchón. Ella suelta el objeto. Lo

acuna en sus brazos, le dice que lo quiere. Él, poco a poco, deja de sollozar. Ninguno dice nada más. Toñito se duerme. La madre no puede conciliar el sueño. No deja de pensar en que ellos están cerca.

\*\*\*

Un grupo de niños va a la casa abandonada, donde vivía un anciano de quien se decía que era un brujo. Aprovechan para contar historias de terror en el camino.

Se detienen en seco, asustados. Ven personas. Hombres en camiseta y con la cabeza rasurada, con cicatrices y tatuajes.

Toñito los reconoce. Se adelanta. Alza su mano como si fuera una pistola, apunta. Uno de los extraños realiza el mismo gesto. *Bam, bam*, repite el niño. El hombre se toca el pecho, hace una mueca de dolor, como si una bala del pequeño le hubiera dado. Toñito celebra.

Los niños, que pensaban en huir, le preguntan quiénes son los hombres.

—Son mis amigos.

\*\*\*

En el mercado, los rumores crecen. Se habla de casas usurpadas, de extorsiones, de desaparecidos, de muertos... Se habla de niños reclutados.

La madre finge tranquilidad. Si le preguntan si ha escuchado algo, dice no saber nada. Si le quieren con-

tar algo, no muestra interés. Siempre trata de hablar de otra cosa.

Regresa a casa. Se detiene en la entrada. Respira de forma agitada. Pone la bolsa del mercado sobre el suelo. Trata de recuperar la compostura. Toma aire, recoge las compras y entra a su champa como si nada.

—Te traje tu fruta favorita, Toñito. Pero primero vamos a cenar y después el mango. Ayúdame a limpiar la mesa y luego te lavás bien las manos, en lo que cocino.

Ella prepara la comida, pero no encuentra en qué servirla.

—¿No sabés qué se han hecho los platos?

El niño no responde.

La madre no insiste, a pesar de su irritación. Cenar en las cacerolas.

Toñito come poco. Ella le pregunta por las tareas y él le dice que ya las hizo. De repente, nota algo raro en el brazo del niño. Lo toma y le intenta levantar la manga, pero este se resiste. Lo regaña; él cede. Hay unos símbolos con lapicero. La madre lo toma de la muñeca y lo jala hasta la pila; él pone resistencia, le duele. La madre lo restriega hasta borrar cada línea. Ella se va a acostar, sin prestar atención al llanto de su hijo. No hay conversación.

\*\*\*

Toñito y su mamá se bajan del bus. En la parada, se encuentran con su vecina, la niña Mari. Está rodeada

por sus pertenencias; hay canastos, bolsas y cajas. Al verlos, le tiembla un poco el labio. Aparta la mirada. La madre no se atreve a acercarse más y preguntarle a dónde va con todo. Camina con su hijo, evitando ver a su vecina. Pero más adelante ya no se resiste y vuelve la mirada: la niña Mari ya está subiendo sus cosas a un camión.

La madre se detiene. Afuera de la casa de la niña Mari está un hombre fumando. Es uno de ellos.

Ella aprieta la mano de su hijo. Llegan hasta la entrada de su hogar y la mujer empieza a buscar la llave para quitar el candado. Él se ha alejado un poco. Ella lo ve de reojo. El niño le sonríe al hombre, lo saluda. El extraño finge que su mano es una pistola; Toñito también. Se apuntan.

A la madre se le caen las llaves de las manos.

\*\*\*

Terminan de subir sus pertenencias al picap. Toñito se sienta, lleva su camión y su caballo en el regazo. Su madre lo abriga con una toalla. Le pide que se agarre bien. El niño no la mira, no quiere irse. Ella le acaricia el pelo y le da una manzana.

—Tu papi te la manda.

—¿Él va a estar esperándonos adónde nos vamos?

No contesta. Siente que le pesan los brazos, quisiera que él estuviera ahí.





Ilustración: José, 18 años



## Sin rumbo

Un ruido pone en alerta a Margarita. Apaga todo y se queda a oscuras. Despacio, va hasta la ventana de la sala que da a la calle principal. Espera un momento a que sus ojos se acostumbren a la noche, apenas iluminada por la luna.

Ahí va su primo Armando, cargando a Abigail en brazos y arrastrando una maleta que le dejó algún amigo viajero. Atrás avanza Lucía con los tanates, apenas puede con ellos.

Ve que su tío Juan ha sacado sus pertenencias de la vivienda de a la par. Lo observa cerrar con dificultad su puerta. A su edad, todo esfuerzo requiere tiempo. Al terminar, él comienza a caminar detrás de Armando y su familia.

Otras luces cercanas se encienden. Nadie se quiere ir, pero se los ordenaron. Ella sabe que también debe abandonar su hogar.

Margarita sale de su cuarto y guarda en una bolsa de plástico los vestidos que usa para ir a la iglesia;

siguen las pertenencias que aún conserva de su esposo fallecido: un pañuelo y un reloj inservible; los zapatitos que usaron sus hijos, unas fotos de ellos de cuando eran bebés y una carta de Saúl para el Día de las Madres. Por último, se guarda unas monedas en la falda.

Levanta la bolsa. Sabe que puede cargarla. La mete en otra bolsa, para que el peso no la rompa durante el viaje. También la refuerza con tirro.

Saca el paquete afuera de su casa y lo deja cerca de la puerta de entrada. Retrocede unos pasos. Se detiene. Fija sus ojos en la bolsa. Se queda así, extraviada en sus pensamientos.

Margarita comienza con la rutina de todos sus días. Pone agua de chorro a hervir para preparar el café. Va hasta la pila: tres guacalazos de agua fría son suficientes para que se sienta limpia. Se seca con cuidado. Pasa por la cocina para apagar el fuego. Ya en su cuarto, sentada frente a un espejo, comienza a cepillarse. Se cambia. Limpia la mesa con un trapo húmedo. Se sienta a desayunar. El café quedó ralo, pero no le importa. Le da un trago. Agarra un pedazo de pan dulce y lo chuponea. Termina de comer. Retira con sus manos las migajas. Sorbe otro poco de café.

Les pone alimento a las gallinas. Barre las hojas del suelo de tierra. Sacude un poco las ventanas. Enciende unas velas frente a las fotos de sus hijos. Ora.

Le faltan quehaceres, pero escucha que alguien dice su nombre afuera. Se aproxima una vez más a la ventana. Ve la fila. Los conoce a todos. Son parientes.

Margarita camina al patio de su casa. Se despide de sus hijos, enterrados dos días atrás luego de ser asesinados por quienes les exigieron irse antes de que amanezca. Les dice que cuiden la casa, que no se junten con desconocidos, que mamá volverá. «Ustedes, mis amores, son los únicos que se quedan».

La bolsa la espera.



## Crucifixión

Me dice que no llore porque a donde vamos hay un montón de juguetes con los que voy a jugar. Me dice que si quiero un pan, que si me ha dado frío, que si me pasa algo, que por favor me calle, que ya estuvo bueno. Mi abuela me nalguea, para que al menos llore por algo. Mi tía va llorando a la par mía, y lloro porque ella llora.

Un hombre malo llegó a la casa cuando ella me cuidaba y estábamos solos. Él tenía los ojos rojos rojos, como los del Cadejo, y dijo cosas feas mientras me señalaba, y sentí un gran miedo. Mi tía me pidió que me fuera, y yo quería hacerle caso, pero no podía moverme. El hombre agarró a mi tía de las manos y las puso arriba de su cabeza, y ella hacía fuerzas para soltarse, pero la tenía crucificada, y la tiró al suelo, y ella gritó duro para que la ayudaran, pero él le pegó en la cara y luego en las rodillas para ponérsele encima. Yo me acuerdo que seguí quieto porque me había

hecho de piedra, pero mi tía empezó a llorar porque le dolía, y el hombre malo le volvió a pegar.

Entonces me fui corriendo, pero no sabía adónde porque las lágrimas solo me dejaban ver bultos por todos lados, y me crucé la calle y seguí corriendo fuerte, fuerte, hasta que escuché a mi abuela llamarme «¡Luisito!» y me fui a agarrar de ella para que nos salvara. Solo alcancé a contarle que el hombre malo le estaba pegando a mi tía, y empezó a correr como yo, pero de regreso a la casa, y la seguí.

Se puso a gritar cuando los halló, pero el hombre malo solo se levantó y se subió el pantalón mientras la miraba, y tenía los ojos rojos, y le dijo que nos iba a matar si le decíamos a alguien, y mi abuela se quedó quieta, y mi tía lloraba.

Él caminó a la puerta, y mi abuela me agarró como con miedo de que me llevara, pero solo me puso la mano en la cabeza y se fue. Sentí que esa mano estaba sucia, pero cuando me revisé el pelo vi que no tenía nada.

Me alegré cuando mi abuela me contó que al hombre lo habían metido preso, por malo, pero después llegaron los amigos de él. Me acuerdo que eran tres y que llevaban pistolas. El más gordo dijo que todo era culpa de ellas, y que más les valía que sacaran a su primo o si no, nos iban a despachar. Así dijo.

Nos vamos porque mi abuela tiene miedo. Nos vamos porque a mi tía le duele.



## Lo que no puedo contar

Soñé que no cabía en mi ataúd. Era muy estrecho y oscuro. Me asfixiaba.

Mi mamá aún duerme. No me quiero mover, para no despertarla. Me duele la espalda de estar acostado sobre una caja de cartón, con ella usándome de almohada. Nos fuimos de casa y seguimos errantes. Ya no aguanto mi propio olor, mi hambre y mi cansancio.

Le cuento a mi mamá lo que pasó, aunque no me escuche, aunque lo sepa casi todo.

Empezó con un mensaje a mi celular.

*Prro veni a la cancha a las ya.*

Eso era todo. Sabía que debía ir, así que respondí con un «Ok». Me cambié y fui. Sentí algo raro en el pecho a cada paso que daba. ¿Y si se han equivocado? ¿Y si creen que hice algo? ¿Y si...?

Al llegar, uno de ellos me condujo hasta una casa en ruinas. Un grupo me esperaba.

A golpes, me pusieron de rodillas. Escuché las órdenes. «Ya no te queremos ver por aquí, cabrón. Ni a vos ni a tu nana. O se van hoy mismo o les vamos a dar luz verde».

En el camino, le llamé a mi mamá y le dije que era urgente que regresara a casa. Quería explicaciones, pero no se las di. Me encontró guardando cosas en mi mochila. Estaba impaciente y nerviosa. Quería saber qué sucedía. Le conté casi todo, menos lo de Daniel.

Daniel es mi primo. Es menor que yo. Mis tíos lo abandonaron recién nacido y nuestra abuela se hizo cargo de criarlo. Cuando ella murió, mi mamá lo trajo a vivir con nosotros. Yo traté de hacerlo sentir bien, a pesar de que nunca se llevó conmigo. Me hablaba poco. Salía y no respondía su teléfono. Regresaba tarde, sin dar mayores explicaciones.

La situación no me gustaba, pero me esforzaba por no volver todo más difícil para mi mamá. La cosa fue empeorando. Mi primo empezó a tratarla mal y yo lo enfrenté. Él se encerró en su cuarto, y me comenzó a evitar aún más.

Un día mi mamá encontró una pistola entre la ropa de Daniel. Se descontroló. Discutieron. Mi primo le pegó y yo le rompí la boca a él. Se fue de la casa, sangrando.

Mi mamá lo buscó, pero fue en vano. Yo no quería saber nada más de él. Y no lo volví a ver, hasta que me llevaron a la casa en ruinas.

—Mamá, Daniel fue quien nos quería lejos o muertos.

Ella abre los ojos.

## Primer día de escuela

—Bue-nos dí-as, se-ño-ri-ta Mar-ga-ri-ta —gritaron los niños desde sus pupitres.

—Pueden sentarse.

Todos obedecieron sin perder de vista a la niña nueva que había entrado de la mano de la maestra. Era junio, y en el salón del cuarto grado de la escuela del cantón se respiraba un aire seco, así era siempre en ese lado de la frontera.

—Ella es Sara Molina, su nueva compañera.

La niña sonrió con timidez y saludó como le habían dicho:

—Buenos días, compañeros.

—¡Buenos días! —gritaron los niños.

Sara se sentó en el fondo del salón, donde había lugar. Pronto inició la clase: lagos y volcanes de Centroamérica. La maestra hablaba del Cerro Quemado, del Conchagua, del Gran Lago de Nicaragua. Sara miraba a la maestra, pero no ponía atención. Pensaba en sus amigas, en sus maestras, en el niño que le gusta.

No salió al recreo. A los pocos minutos, dos de sus nuevas compañeras regresaron al salón.

—¡Vos, niña! La seño dijo que te viniéramos a sacar. Cerró el cuaderno y corrió hacia ellas. Caminaban hacia la cancha.

—¿Cómo te llamás?

—Se llama Sara, dunda, ¿qué no oíste a la seño? — interrumpió la otra niña—. Yo me llamo Laura y esta se llama Flor. ¿Adónde vivís?

—En el caserío, donde está la tienda; es de mi abuela Lupe.

—Ella va a rezar con mi mami.

—Ya, Flor, parecés la monja Uribe con tanto rezo. ¿Y por qué se han venido aquí?

—Para cuidar a la abuela.

Laura y Flor se miraron entre ellas.

—¡La niña Lupe es brava! Mejor ella te va a cuidar a vos —bromeó Laura.

Sara se quedó en silencio. Había contestado como le habían dicho. No les podía contar que a su papá le pusieron una pistola en la cara, que salieron de madrugada de la casa.

—Sí, es brava, pero...

No les podía contar que dejó a su gata, sus muñecas, que gritó con todas sus ganas, que sintió un gran miedo.

—...dice mi mami que se está poniendo viejita.

Estas niñas no eran sus amigas. No les podía contar que su hermana se quedó en la capital, con el Jocker.



Ilustración: Juan, 11 años



# Zopes

Donde vivíamos antes me decían «¿Don Gustavo, cómo le va?». Pero de eso ya van seis meses que no lo escucho. Aquí me miran igual que a los chuchos que andan pepenando conmigo... yo me hago el que no los veo y asunto arreglado.

Y pues sí, bien que he de apestar, pero no es por mi gusto. Me encuentro tantas cochinadas en las bolsas que ya ni mi propio tufo siento. A veces me imagino que pedacitos de la pudrición se me meten, y me paso todo el día afligido porque ando cargando adentro el tufo, ¿se figura usted?

A veces, en lo que busco botellas y latas, hallo comida que todavía está buena y la guardo para mis hijos. Ayer encontré una muñeca y se la llevé a la niña. Le gustó mucho... pues sí, algo de alegría hay que llevarles, con todo lo que nos ha pasado...

Nos vinimos a la capital porque nos llegaron a decir que ya no nos querían ver. Y no es que uno pueda

rezongar. Lo que dicen es y punto. Así que agarramos lo que alcanzamos y pusimos la champa cerca de donde una prima.

Todo lo malo empezó cuando mi muchacho se nos perdió. Él no se metía con nadie, pero ese fue el problema, que dicen que no quiso y pues... Lo fuimos a encontrar en un barranco, casi que en el otro cantón. Viendo a los zopes llegamos a donde estaba.

Él era igualito a mí, hasta el mismo paso teníamos. Hallármelo así, tirado como chucho, como que... y el olor... ¿Podrá usted creer que eso era la único en lo que yo podía pensar cuando lo hallé? El tufo se me había metido, y desde ese día, por más que me sueno la nariz, no tengo cómo sacarlo.

Yo lo ando cargando adentro.



# Huir

Están solos. A esta hora de la madrugada, sus familias no saben que las *ranas* los levantaron, que los llevan casi desnudos caminando por veredas, descalzos, con los pulgares atados, con los pantalones abajo para que no corran.

La luz de la luna ilumina sus espaldas, llevan las suelas de las botas tatuadas con lodo y sangre seca. Los culatazos no cesan, sus pasos se acortan, la respiración honda los desnuda aún más, se pueden contar sus costillas.

Los chicos no tenían mucho de vivir en la zona. Llegaron con sus familias escapando de los *bichos*. Les habían dado dos caminos: colaborar o morirse. Ellos escogieron huir.

El cura de este pueblo les consiguió refugio. La *clica* no los encontró, pero los soldados no soportaron su juventud, su risa de hiena por las tardes en el parque, su terquedad cuando eran revisados, la resistencia de sus manos al apretarles los dedos enlazados tras la cabeza.

Los tres lamentan en silencio haberse escondido en el gallinero de la parroquia. Pensaron que la lejanía de sus casas y el ruido de los animales serían un buen escudo. La noche anterior durmieron en el cerro, en la copa de los árboles del lado más escabroso, les fue mejor.

Los sonidos de la violencia no alteran la calma de las milpas que cruzan. Los tacuazines corren despreocupados, los perros ladran siempre a lo lejos. El pequeño universo de golpes e insultos se mueve lentamente, al ritmo de sus pasos. Nadie oye, nadie quiere oír.

Una orden llegó de arriba. Había que liberar la zona de amenazas, limpiarla de bichos, de sus amigos o de cualquiera que se pareciera a ellos. El método era lo de menos, el país estaba amenazado

El parque se convirtió poco a poco en zona vedada, los militares comenzaron a usar gorros navarones, borraron cualquier marca de identificación de sus uniformes. Los cacheos fueron más frecuentes, más violentos. Los chicos buscaron otros espacios para estar, luego casi no podían salir a la calle. Ya eran, sin serlo, la sombra de una amenaza.

Sus lenguas son tejas secas, no hay saliva en ellas, solo la sangre que llena sus bocas rotas. Desconocen su destino. Piensan en correr pero se contienen. Escapar únicamente les daría un motivo más para golpearlos, para jalar el gatillo.

Por un instante creen que eso sería lo mejor. El ruido de las balas en la madrugada no se puede ignorar como a los gritos en la calle, como a la pólvora en las manos, como a los cuerpos en posición de huida, como a las marcas de tortura. Desisten, es una película que vieron ya en este pueblo, el resultado fue el silencio. Nada puede contra la voz que señala a los muertos de terroristas, de agresores del Estado, de enemigos del bien común.

A uno de sus amigos lo sacaron de madrugada. Era un operativo del Ejército. Lo subieron al mismo picap blanco que ahora los escolta. La familia pensó que en la mañana podrían llevarle comida a la bartolina. No estaba allí, tampoco en el cuartel.

Al mediodía les llegó la noticia del joven muerto. Cinco tiros en la espalda, uno en la nuca. Fue en un tiroteo, dijeron los jefes uniformados. Alguien habló de alteración de la escena, de que el arma había sido colocada, de señales de ataduras en las manos, de livideces que no concordaban con la posición del cadáver, de ejecución. Después, nada.

Días antes, el muchacho no se había dejado revisar, los soldados lo sometieron. Sus amigos intentaron ayudarlo, la punta de los fusiles los paró en seco. Las madres llegaron a tiempo, increparon a los militares. Los chicos finalmente se fueron, pero los soldados no olvidaron.

Los jóvenes comenzaron a dormir afuera de las casas tras el crimen. Cada noche buscaban un refugio nuevo, como sus padres en la guerra. Primero fue la iglesia, después la casa comunal, luego el cerro, por último el gallinero.

No escucharon al vehículo acercarse, llegó con las luces apagadas. La puerta no opuso resistencia, varias lámparas les iluminaron el rostro, los cegaron. Los golpes llegaron sin aviso. Nadie escuchó los gritos. Ni un solo *hijueputa* llegó a los oídos de los vecinos, ni un solo *hijueputa* quiso ser escuchado. Las gallinas fueron testigos del espanto, también gritaron, luego volvieron a dormir.

Uno de los muchachos cae. Un soldado lo levanta por el cuello, le da un rodillazo en el estómago. El chico se desploma nuevamente, vomita algo oscuro. El militar le pone el pie en el pecho, le orina la cara.

Los bultos en el horizonte comienzan a tomar forma de casas, no reconocen este pueblo, no es el suyo, no es el que les dio refugio. Una luz se prende y apaga a lo lejos, los jóvenes piensan que son los compañeros de los soldados, quieren creer que solo los llevarán a encerrarlos a otro lado, que mañana no estarán en un tiroteo fantasma, que verán a sus padres.

Unos números romanos pintados sobre un muro marcan una frontera, la cruzan. El terror se queda con los chicos.

—Aquí les traemos —grita el soldado al mando. De las sombras se desprenden varias siluetas.



Ilustración: Víctor, 10 años



# Amparo

Mi mamá no supo que cada vez que me mandaba a barrer me acordaba de mis hermanas. Las miraba ahí, sentadas a la orilla de la puerta, donde todavía se alcanzaba a distinguir la mancha de sangre que dejaron.

Mi mamá no supo que en la madrugada las oía encender el chorro y mover los trastes. Se reían de mí, como siempre lo hicieron, pero ya no por mis pies feos o mi pelo ralo, se reían porque no entendía las cosas que se contaban, se reían porque siempre hallaba la pila vacía.

Mi mamá no supo que cuando llamaba a los que nos iban a ayudar, y les lloraba y exigía, yo estaba detrás de la puerta, llorando también. Esperaba que esa vez, quizás sí, nos dieran un buen lugar donde vivir para no tener que seguir ahí encerradas, vigiladas, aterradas de que la próxima vez que saliéramos de la casa no nos dejaran regresar.

Mi mamá no supo que, aunque finalmente nos fuimos, el miedo que vivía con nosotras nos siguió. Yo lo vi. Mi mamá me dijo que nos han amparado y en esta nueva casa no debería pasarnos nada malo. Mi mamá no supo, no sabe, nunca sabe nada.

Acabo de ver a los hombres que mataron a mis hermanas cruzando la calle donde vivo.





Ilustración: Katia, 11 años



# Feria

Han puesto un cono a la par mía. Alguien me arregló los brazos y las piernas y me puso la mantelina en la cara. Soy un cuerpo acostado boca arriba sobre piedras incómodas. Un policía me cuida mientras van por la cinta. Eso le dijeron. «Cuidala». Pero no me mira. Hay gente sentada ahí nomasito, renegando que el bus se tarda. Una muchacha se ríe diciendo que quizá celebré demasiado porque me quedé dormida de tan borracha. Luego se calla. Se escuchan los cuetes y la bulla de la feria. Se distingue la calle solo por las luces de toda esa chorrera de carros que quiere entrar al pueblo. Nadie alcanza a ver el alambre en mi cuello morado. Mi familia no sabe que me dejaron aquí tirada.

\*\*\*

Cuando se metieron a la casa, nos ordenaron que quitáramos la denuncia y nos fuéramos o nos mataban. Traté de que no me temblara la voz: «Dios no

permita, hija, —le dije a la Ana— pero a ese que lo tengan preso por lo que le hizo a la niña». Y no es tanto que yo fuera valiente, la verdad es que no teníamos para dónde irnos. Nos quedamos, pero cerramos las ventanas con pasadores y trancamos la puerta. Ya ni dormía bien por imaginarme todas las formas en que podían matar a la Ana, que es salida y nunca distingue cuándo callarse la boca, y a la Karlita, que Dios sabe por qué le hicieron eso a ella y no a su nana. En la casa vivíamos las tres, nadie más. Cuando las sentía hincarse juntas, a la par de la cama, y pedir que no nos pasara nada, solo me daba la vuelta y me hacía la dormida. Hacía tiempo que se me había acabado la fe, pero no era algo que les pudiera decir.

\*\*\*

Después de lo de Karlita, a la Ana le tocaba pedir permiso en el trabajo bien seguido, y al final la echaron. En esa misma semana fue que vinieron ellos y nos encerramos. Ayer, viendo que ya nos estábamos quedando sin comida, agarré unas libras de maíz y frijoles que tenía guardados y me puse a hacer unos tamales pisques. Le pedí a la vecina que les contara a los demás en la colonia, pero casi no vendí. Hoy en la mañana oí unos cuetes y me acordé de que había feria. Y cabal es la fecha en que el pueblo rebalsa de gente porque traen música y hacen la procesión. Le dije a Ana que me ayudara a llevar la mesa y los peroles al

parque y se regresara. Me puse en una buena esquina. Para cuando se hizo de noche había vendido un montón y estaba bien contenta por eso. Vi a los niños jugar y me dio lástima que Karlita, con lo inquieta que es, esté ahora tan triste y encima tenga que pasársela encerrada todo el día. Pero es de esas cosas que una piensa y sabe que es por gusto, de nada sirve lamentarse. Como a las ocho ya estaba más calmada la venta porque todos andaban en el baile. Le dije al de a la par: «Cuídeme aquí en lo que voy al baño».

\*\*\*

Tal vez fue porque no me hincué a la par de mi hija y de mi nieta que me pasó lo que me pasó. Tal vez solo me tocaba. Tal vez no, pero ellos me adelantaron; ellos, los que me hallaron en el camino y me sacaron del pueblo y después me vinieron a tirar aquí, en el predio que da a la entrada. Aunque hubiera gritado, ¿quién se iba a dar cuenta entre tanta cumbia?

No me acuerdo quién me arregló las manos y las piernas. No sé a quién se le ocurrió taparme. Pero le agradezco. Debe ser feo verle la muerte en la cara a una vieja como yo.

\*\*\*

Escucho a Ana pedirle al policía que si las pueden acompañar a la casa, que las dejen subir un par de cosas al carro y que las lleven lejos, lejos, adonde sea. Ana

nunca entendió que no se puede correr así nomás, sin saber para dónde va uno. ¿Qué va a ser de ellas? Ana empieza a gritar: «¡¿Que no ve que me la mataron?! ¡¿Que no ve que ahora nos van a matar a nosotras?!». La gente la mira desde los carros detenidos por la trabazón. El policía le pide que se calme, que está asustando a los turistas. Ana sigue llorando abrazada a la niña, pero ya no grita: «Llévenos lejos, por favor, se lo ruego, llévenos adonde no nos sigan». El policía la ignora, como me ha ignorado a mí, tal vez para él las dos estamos muertas.

.



Ilustración: Steven, 11 años





## Tenemos que irnos

Mi madre le pide a mi padre que quite la pistola de la mesa. Lo pide por favor, así nos han educado y deben dar el ejemplo. Mi padre no se ha quitado el uniforme y solo se soba la frente con los dedos. Tiene la mirada perdida. Mi madre se le acerca al oído y con voz suave le dice de nuevo: «Por favor». Él, mecánicamente, guarda su arma.

Mi mamá pone cinco platos: el de mi papá, el de ella misma, el mío, el de mi hermana menor y el de mi hermana mayor. Ese quinto plato no será comido esta noche. Mi hermana mayor lleva desaparecida varios días. Y él, aunque es policía, no pudo hacer nada. «¿Cuál es el colmo de alguien que se dedica a cuidar a otros? No poder proteger a su propia familia», pienso. «¿Y cuál es el colmo de una desaparecida? Que manden policías a cuidarla en su hogar, donde no está, y luego se vayan porque la orden no incluye a los demás».

Hay tres platos limpios en la mesa. Dos sin tocar. Mi madre hizo un esfuerzo por comer, para darle el ejemplo a la menor de la casa. Mi papá no se cree ejemplo de nadie y, como mi hermana mayor no va a tocar su plato, él tampoco. Quizá se sienta vinculado a ella de esa manera. Sin alimento. Sin fuerzas. Sin paz. Yo como porque sé que eso hace feliz a mi mamá.

Vuelvo a tener pesadillas. Soy mi hermana a la que le duele todo el cuerpo por los golpes recibidos. Soy mi hermana a la que encierran en un cuarto oscuro para que ni la luz oiga el llanto. Soy mi hermana a la que varios hombres violan. Soy mi hermana quien por momentos solo quiere morir y por momentos solo piensa en sus padres, en su hermanita que apenas inició la escuela y en su hermana que la sueña.

Me despierto de madrugada. Golpean la puerta, escucho pasos y llantos. Dicen algo en la sala, pero no lo entiendo. Salgo de mi cuarto y veo que mis padres han abierto la casa. No logro distinguir bien, pero mi madre está hincada abrazando a algo o a alguien. Mi padre está quieto, observando. Me acerco. Es ella o lo que dejaron de mi hermana. Habla, y es su voz la que confirma que ha vuelto. «Saben dónde vivimos», dice.

No comprendo. El miedo invade los rostros de mis padres. Mi madre pregunta a mi padre: «¿Van a venir a matarnos?». Él dice que sí. «¿Alguien nos ayudará?». Él responde que no, aunque hará un último intento, pero lo duda. «¿Tenemos que irnos?». «Sí».

Lo que ocurre a continuación es rápido. Mi madre y yo bañamos a mi hermana y curamos un poco sus heridas, mientras trata de explicar cómo escapó. Mi padre mete lo que puede en el auto: algo de ropa, algo de comida, el poco dinero que tenemos. Llevamos a mis hermanas al carro y las acomodamos para el viaje. Mi padre entra a casa para hacer una llamada; me llegan al oído algunas palabras como «asilo», «frontera» y «muerte».

Mi madre arranca el carro y me pide que le diga a mi papá que se apresure. Él levanta su mano para indicarme que espere y me quedo en la entrada. Cuelga el teléfono. Se queda pensativo. Toma asiento. Saca su arma y la pone sobre la mesa. La observa. Me acerco. Le toco el hombro y le digo que tenemos que irnos. Pero no deja de ver la pistola. «No pude hacer nada», dice. «Papi...». No sé qué decirle. Veo sus ojos llorosos. «No pude hacer nada», repite. Le digo al oído: «Por favor». Él reacciona, se levanta y me toma de la mano para sacarme de nuestra casa. La pistola queda ahí.





Ilustración: Jeffrey, 11 años



## El Norte

Cuando mi mamá me dijo que solo podía llevarme una muñeca, me dieron ganas de llorar. Me gritó que ella no quería andarlas cargando, que apenas iba a poder conmigo cuando me cansara de caminar y me durmiera en sus brazos. Yo tengo varias bien bonitas y me las quiero llevar todas.

Pensé que si buscaba una cajita en las que cupieran todas me diría que sí. Por eso me salí a escondidas para ir a la tienda de la niña Rita, a ver si me vendía una.

Ella se asustó cuando llegué. Me dijo que me fuera para la casa, que mi mamá se iba a afligir, que era peligroso que anduviera sola.

Yo no le hice caso. Ella no me iba a cuidar las muñecas para cuando volviéramos o se las iba a dar a sus hijas, si las dejaba. Eran mías, mi papi me las había comprado antes de que ya no apareciera. Le prometí que las cuidaría y uno no debe prometer en vano, si no se lo lleva el chamuco.

Mi mamá me dijo que mi papi se fue para El Norte, pero no nos ha mandado pisto, como hacen los papis de mis compañeritas de la escuela. Yo quisiera que él regresara, desde que se fue ya ni salimos, mi mamá solo pasa llorando y sus amigos nos miran feo.

A la escuela ya no fui. Me dijo mi mami que por ahí no podemos pasar, que andan unos perros que les gusta morder a las niñas bonitas como yo. Me hacen falta mis amigos, en la casa solamente puedo ver tele y jugar con el teléfono, pero a veces no tenemos para poner recargas. Bien aburrida paso todo el día, menos mal que tengo mis muñecas.

Cuando mi papi ya no llegó a dormir a la casa, mi mamá se fue a vender calcetines a los buses, pero un día dejó de ir. Oí que le contó a la vecina que en el bus le salieron los amigos de mi papi bien enojados porque ya no la querían ver por ahí.

Una noche llegó uno de ellos y le pegó a la puerta bien feo, yo estaba dormida y me despertó. Mi mamá le abrió y el amigo de mi papi le dio un teléfono. Yo me alegré, pensé que le estaban hablando de El Norte, pero después se puso a llorar. Yo también lloré, no me gusta verla triste.

La cosa es que me fui a buscar la caja a la tienda de la niña Cata, ella también se puso bayunca cuando me vio. Me agarró de la mano y me metió de un solo, yo me asusté y chillé de la cólera.

Me dio un bombón para que ya no llorara y me preguntó que si mi mamá estaba bien, que si había



oído cuetes en la casa y por eso me salí. Yo le dije que no, que los últimos los reventaron cuando mi papi dejó de llegar.

Le pregunté que si me vendía una caja para mis muñecas, que íbamos a ir a pasear y que me las quería llevar todas. Me dijo que no le anduviera contando a nadie, que fuera un secreto porque la gente es envidiosa aquí.

La niña Cata me cae bien. Me dijo que en la caja no me iban a caber las muñecas y me regaló una bolsita de tela, de esas que la gente compra en el súper. No me quiso agarrar la cora y me mandó de regreso a la casa.

Yo pensé que mi mamá me iba a regañar cuando llegara, porque estaba afuera de la casa preguntando por mí. Le conté donde había estado y solo me abrazó, ella abraza bien fuerte, los abrazos de mi papi eran más suaves.

Dice mi mamá que mañana nos vamos a ir bien temprano, que si no me levanto me va a tirar agua helada, no sé ni de donde porque ya vendió la refri. No me quiere decir a qué parte de El Norte vamos, pero le agarré el teléfono y vi que en el *guasá* decía que iríamos en CA-RA-VA, CA-RA-VA-NA. Me cuesta, pero ya puedo leer un poquito. Ojalá que en El Norte pueda aprender bien y me dejen llevar mis muñecas a la escuela.



# La Mosca Azul

DERLIN DE LEÓN

San Salvador, 1986. Contador público. Participó en diversos talleres literarios en la Casa del Escritor y el Centro Cultural de España. Publicó en *El territorio del ciprés* (Índole Editores, 2018), la revista *Cultura* n.º 122 (Dirección de Publicaciones e Impresos, 2018), y en *Tierra breve: antología centroamericana de minificción* (Centroamericana, 2018).

JEANNETTE CRUZ

San Salvador, 1987. Comunicadora. Publicó en *El territorio del ciprés* (Índole Editores, 2018), la revista *Cultura* n.º 122 (Dirección de Publicaciones e Impresos, 2018), y en *Tierra breve: antología centroamericana de minificción* (Centroamericana, 2018).

HUGO G. SÁNCHEZ

San Salvador, 1986. Periodista. Participó en talleres literarios impartidos por destacados escritores salvadoreños como Ricardo Lindo, Jorgelina Cerritos, Vladimir Amaya y Susana Reyes. Coautor en la antología de relato breve *El territorio del ciprés* (Índole Editores, 2018).

ÓSCAR GONZÁLEZ

San Salvador, 1985. Comunicador social, periodista y escritor. Su interés actual se centra en la investigación social. Participó en talleres de literatura impartidos por Silvia Elena Regalado, Susana Reyes y Santiago Roncagliolo. Publicó en *Tierra breve: antología centroamericana de minificción* (Centroamericana, 2018), en *El territorio del ciprés* (Índole Editores, 2018) y en la revista *Cultura* n.º 125 (Dirección de Publicaciones e Impresos, 2019).

# Índice

Presentación | 7  
ALICIA ÁVILA

Dedicatoria | 9

Los miro siempre | 11  
DERLIN DE LEÓN

Nadie los vio llegar | 15  
HUGO G. SÁNCHEZ

De aquí soy | 21  
DERLIN DE LEÓN

Frutos | 27  
ÓSCAR GONZÁLEZ

Sin rumbo | 35  
ÓSCAR GONZÁLEZ

Crucifixión | 39

JEANNETTE CRUZ

Lo que no puedo contar | 41

ÓSCAR GONZÁLEZ

Primer día de escuela | 43

DERLIN DE LEÓN

Zopes | 47

JEANNETTE CRUZ

Huir | 49

HUGO G. SÁNCHEZ

Amparo | 55

JEANNETTE CRUZ

Feria | 59

JEANNETTE CRUZ

Tenemos que irnos | 65

ÓSCAR GONZÁLEZ

El Norte | 71

HUGO G. SÁNCHEZ

La Mosca Azul | 75



Fundación Educación y Cooperación (Educo) es una ONG de cooperación global para el desarrollo y acción humanitaria que actúa desde hace más de 25 años a favor de la infancia y en defensa de sus derechos.

En El Salvador tiene presencia desde el 2001, implementando proyectos enfocados en lograr el bienestar de todas las niñas, niños, adolescentes y sus familias asegurando su acceso a educación, salud, protección, participación, seguridad alimentaria y asistencia humanitaria.

Educo forma parte de ChildFund Alliance, una de las principales coaliciones internacionales de ONG centrada en la protección de la infancia con presencia en los cinco continentes.

**NUESTRA MISIÓN:**

Trabajamos con niñas, niños y su entorno para promover sociedades justas y equitativas que garanticen sus derechos y bienestar.

**NUESTRA VISIÓN:**

Un mundo donde todas las niñas y los niños disfrutan plenamente de sus derechos y de una vida digna.

# *La soledad de los errantes*

RELATOS SOBRE EL DESPLAZAMIENTO FORZADO

Más allá del viaje por las rutas del miedo y la impunidad, este libro está atravesado por la desolación.

A través de los protagonistas de estos catorce relatos, víctimas anónimas sobrevivientes, nos adentramos en el vacío y la impotencia que reviste la soledad de quien sufre el desplazamiento forzado, sin poder acelerar el paso ni volver la vista atrás.

Cuatro jóvenes escritores dan voz a estos personajes a partir del desasosiego de una generación que vive hoy esta forma de violencia, producto de la injusticia social que ha revestido la historia de El Salvador.

JORGELINA CERRITOS

Con el apoyo financiero de:



ISBN: 978-99923-51-67-3



9 789992 351673

